

# Querétaro, ciudad monumento

## LUIS ORTIZ MACEDO

“ Querétaro, ciudad prócer, tierra de gestas heroicas, cuna de la libertad de la Patria. Rosa de los vientos y encrucijada de todos los caminos. Crisol de pasiones y fragua que fundió los anhelos de un pueblo convulsionado por las invasiones extranjeras, ávido de justicia y de libertad. Querétaro, mística y misionera, embajadora de todas las conquistas del espíritu y de la civilización. De allí salieron misiones y conquistadores, que dio a la Nueva España el dominio de un inmenso territorio. En sus colegios, conventos y monasterios, florecieron hombres ilustres y religiosas ejemplares.<sup>1</sup>

Cada calle, cada casa, cada piedra, es un mudo testimonio que a fuerza de ser referidos, se vuelven leyendas que se van perdiendo en la sombra, hasta alcanzar el sepulcro del olvido.

La leyenda nos relata la singular batalla concertada entre las huestes conquistadoras al mando de los caciques indígenas y los guerreros chichimecas. El día 25 de julio de 1531, afrontaron ambos ejércitos en la loma del Sangremal y del grito de Santiago, dado por don Fernando de Tapia, se trabó el combate a brazo partido, emprendiéndose reñida y feroz batalla, hasta la caída del Sol. En medio de esta oscuridad, observaron tanto cristianos como indígenas gentiles, una claridad tan viva que les llamó fuertemente la atención aún a los mismos combatientes, y vieron en el centro flotando en el aire, una cruz de color blanco y rojo, y a su lado el patrono de España, el Apóstol Santiago, jinete en un albo corcel. Con este

prodigio terminó la lucha y los caudillos don Fernando de Tapia y don Nicolás de San Luis Montañez, tomaron posesión de Querétaro en nombre del Rey de España. Los chichimecas se sometieron y pacificaron y pidieron en señal de paz, se les colocara una cruz en la Loma del Sangremal.

“Los primeros frailes que se establecieron en Querétaro fueron los franciscanos, que fundaron su convento a mediados del siglo XVI, habiendo sido el propio conquistador Fernando de Tapia quien fundó en esa época un hospital “...en que se curan los naturales y algunos españoles pobres”.<sup>2</sup> Sin embargo, fue hasta el siglo XVII cuando se organizan y establecen en forma las órdenes religiosas y el clero secular. Los franciscanos emprenden la ampliación de su grandioso convento, que llegó a ocupar un enorme predio de más de cuatro manzanas.

Los frailes descalzos de la Provincia de San Diego, fundan su convento de San Antonio el año de 1613. El convento de carmelitas descalzos de la Provincia de San Alberto, se establece en 1614. La iglesia y Colegio de San Ignacio de Loyola de la Compañía de Jesús, se funda en 1625. El Real Colegio de Santa Rosa de Vitervo de religiosas franciscanas, inicia su fundación por los años de 1670, con la espléndida dotación de mi antepasado Velázquez Loera. Los padres dominicos fundan su convento de San Pedro y San Pablo, el año de 1692 y el Real Monasterio de Santa Clara de religiosas franciscanas, se funda el año de 1607 y se construye su fábrica en 1633.

El convento de la Santa Cruz, tuvo su origen desde el año de 1531 en que se edificó una pequeña capilla a la Santa Cruz de la conquista, habiendo permanecido muchos años en precarias condiciones. En el año de 1683 se les entregó a los

Padres Apostólicos para que fundaran en él el Colegio de Misioneros de Propaganda Fide. Fue de este convento de donde salieron Fray Antonio Linaz, Fray Melchor López, Fray Antonio Margil de Jesús, Fran Junípero Serra, a conquistar y evangelizar, no sólo a los chichimecas de la Sierra Gorda y de las Huastecas, sino asimismo, a los pieles rojas que habitaban regiones tan remotas como la Provincia de Texas y de Nuevo México, las Californias, Guatemala y Nicaragua.

En el siglo XVIII Querétaro se convierte en un gran centro de cultura y de civilización. Comenzaron a funcionar numerosos colegios en los que se imparten las enseñanzas más diversas. “Los colegios de los jesuitas de San Ignacio y San Javier inculcan en sus alumnos los principios de la teología escolástica, la moral, la lógica, ética y metafísica, la retórica, las matemáticas y la física, el derecho natural y el civil”.<sup>3</sup> Se forman en sus aulas hombres que no sólo a Querétaro, sino a toda la nación, dieron honra por su sapiencia y santidad.

Fue también la época de las obras monumentales como el acueducto y su majestuosa arquería, concluida el 17 de octubre de 1738. Esta obra, realmente extraordinaria para su época, fue costeada en su mayor parte por el Marqués de la Villa del Villar del Águila, don Juan Antonio de Urrutia y Arana. La introducción del agua a la ciudad, fue motivo para la construcción de numerosas y artísticas fuentes y alcantarillas, obras ornamentales, algunas de ellas, como la dedicada al dios Neptuno, terminada en 1796 por el arquitecto celayense Francisco Eduardo Tresguerras.

En este siglo XVIII se construyen los más hermosos templos y conventos: En la iglesia del convento Agustino la cúpula octagonal es una de las más bellas de la época. Sus ocho gajos de talavera se ven resguardados por ángeles músicos. El claustro del convento en dos plantas luce cariátides sorprendentes y enigmáticas que han sido interpretadas de muy diversas maneras: hay quien ha visto en sus formas complejas tan sólo elementos decorativos trasladados a la Nueva España de un Tratado de Arquitectura Renacentista.<sup>4</sup> Y el no menos bello templo y convento de Santa Rosa, obras en que se desbordó el ingenio del genial arquitecto queretano Ignacio Mariano de las Casas. En la arquitectura civil también se construyen soberbios ejemplares del barroco queretano, como el Palacio Ecala,

el de los Condes de Sierra Gorda, el de don Francisco Antonio de Alday. En la que se conoce como Casa de los Perros, se encuentra una de las fuentes más importantes de la ciudad. La casa es atribuida al arquitecto Mariano de las Casas, que vivió en ella hasta su muerte en 1773. El trabajo en cantera es notable en su patio interior y en la fachada. Las casas señoriales otorgaban a la ciudad parte de su aspecto de grandeza que tanto impresionaba a los viajeros. Un cronista de mediados del siglo XVIII, Villaseñor y Sánchez, afirmaba que “Querétaro es la más hermosa, grande y opulenta ciudad que tiene el Arzobispado de México, así por los muchos templos de suntuosa fábrica que le adornan, orden de calles y plazas, perfecto edificio de casas”.<sup>5</sup> En medio de esta prosperidad se emprenden, no sólo las misiones de infieles, sino también las expediciones de pacificación y conquista de la Sierra Gorda y territorios de las Huastecas, tocándole a don José de Escandón, llevar a cabo con verdadero éxito su triple tarea de conquistador, fundador y colonizador.

“Contrariamente a lo que podía imaginarse, la independencia trajo para Querétaro su ruina y decadencia, pues su agricultura y ganadería había sido casi extinguida por las guerras de liberación y su industria sufrió un rudo golpe al ponerse en vigor por el gobierno los aranceles que grabaron con altos impuestos, los productos manufacturas queretanas”. Durante los primeros años de la independencia, Querétaro hubo de sufrir las consecuencias de las frecuentes revoluciones y cuartelazos de los inestables gobiernos de la República. Después de los tratados de paz con los Estados Unidos, por medio de los cuales México le cedió la Alta California, Nuevo México y Texas, a cambio de una ridícula indemnización, salieron del país las fuerzas norteamericanas, quedando el gobierno en las débiles manos de don José Joaquín de Herrera. Pronto se sucedieron las revoluciones y cuartelazos y en Querétaro fueron frecuentes los levantamientos, principalmente los encabezados por Tomás Mejía.

“El Centralismo trajo nuevas inquietudes revolucionarias al país y en esas condiciones no había posibilidades de estabilizar el progreso en ninguna de las actividades productivas”.<sup>6</sup>

De las tres plazas que tiene la ciudad, salen todas las calles en que se dilata, cruzadas a los cuatro vientos principa-

les, que la hacen hermosamente repartida y fácil el giro de su vecindario. Y como un signo del bienestar de las clases acomodadas del Querétaro de la época virreinal, escribió este testimonio en 1777 Antonio de Ulloa: “Viven estas familias de españoles y criollos con bastante decencia y porte, pues se cuentan más de sesenta coches que ruedan, teniendo la comodidad de estar toda la población en llano, hallarse sus calles empedradas y de que se proporcionan varias salidas amenas por las muchas huertas que hay en su circuito”.<sup>7</sup>

El jardín público frente a la parroquia, fue parte del atrio del Convento de San Francisco. Una gran parte del convento y del templo, han sufrido destrucciones y modificaciones, para adaptar el Museo Regional que hace 30 años me tocó la suerte de restaurarlo. Además, las colecciones de arte y de historia, son sobresalientes.

Los Franciscanos por su parte, enfocaban sus obras a otras regiones, y el convento de la Cruz funcionaba ya en 1683, como primer colegio apostólico de la preparación de la fe. En 1680 celebra Sigüenza y Góngora la fundación de la iglesia dedicada a la Virgen de Guadalupe, donde aún se conserva una célebre guadalupana pintada por Miguel Cabrera. Al terminar el siglo XVII, según los viajeros de la época, desde lejos se podía ver un bosque de cúpulas y torres que marcaban el signo espiritual de Querétaro. Pero el desbordamiento barroco apenas había tenido sus primeras décadas. Lo más impresionante estaba por venir: un cielo barroco se anunciaba para los ojos de los feligreses. Con acierto y erudición, el historiador del arte José Rodolfo Anaya, nos dice en su libro *Los retablos dorados de Santa Clara y Santa Rosa de Querétaro* “Los irremplazables caprichos espirituales que habitan el interior de las iglesias. Los altares hablaban. Podían decir, este es el cielo... arrodillate ante la belleza que disfrutarás cuando mueras”.<sup>8</sup>

Muchos de los retablos barrocos de la ciudad fueron destruidos en la época de implantación del estilo neoclásico; pero los que se conservan son realmente notables. En Santa Clara y en Santa Rosa, la estética del retablo invadió todos los espacios funcionales del templo: puertas, púlpitos, confesionarios, ventanas y altares, se convirtieron en motivos de una dorada expresividad incontenible. Las columnas estípites salieron a la

calle y esa misma expresividad se apoderó de la arquitectura. Pero aún más, viniendo de los retablos y extendiéndose a las fachadas de los templos, lo barroco siguió propagándose hasta que pasó a ser el carácter mismo de la ciudad. Las construcciones queretanas del siglo XVIII fueron las que más claramente dieron su carácter barroco a la ciudad. Por ejemplo, los contrafuertes del templo de Santa Rosa, con sus giros peculiares, se convirtieron en signo de Querétaro. Las líneas curvas van tomando paso a paso a la arquitectura, como en el interior de la iglesia del Carmen, o en la segunda portada de Santo Domingo. Al final del siglo XVIII, la iglesia de San Felipe Neri comenzó siendo barroca y se terminó neoclásica. Un ejemplo de ello es el templo e iglesia de Teresitas, neoclásico planeado por Manuel Tolsá y realizado por arquitectos excepcionales: Damián Ortiz de Castro y el propio Tolsá; la obra era en su tiempo ejemplo de un nuevo estilo, que en realidad se volvería lugar común y arrasaría con buena parte del barroco queretano. En aquel entonces se hizo conocida la expresión “leña dorada”, para designar a los retablos barrocos que ya no eran del gusto del momento y se desmontaban para acabar en destinos inciertos. La arquitectura y el gusto neoclásico entraron en la ciudad: “En el último giro del arte colonial, el neoclásico dejó en Querétaro realizaciones de cuidadosa concepción, la plaza de San Francisco se cerraba en su esquina noreste por la fuente que Francisco Eduardo Tresguerras hiciera en 1795 el Jardín Botánico, hoy denominado de La Alameda, proyecto aplazado por las guerras de independencia. El romanticismo, el afrancesamiento y la arquitectura del presente siglo, si bien han destruido obras notables, al menos no han violado la armonía del conjunto queretano del Virreinato de la Nueva España”.

<sup>1</sup> Septien y Septien, Manuel. En *Artes de México*. No. 84 y 85, Primera Época. México. 1955. P. 12-15.

<sup>2</sup> Septien y Septien, Manuel. (op. Cit.) P. 14.

<sup>3</sup> Villaseñor, Luis Francisco. En *Artes de México*. No. 84-85. México. 1995. p. 17.

<sup>4</sup> Villaseñor, Luis Francisco. (op. Cit.) p. 20.

<sup>5</sup> Septien y Septien, Manuel. (op. Cit.) p. 21.

<sup>6</sup> Septien y Septien, Manuel. (op. Cit.) p. 16.

<sup>7</sup> Arvizu García, Carlos. “Querétaro Arte en Perspectiva”. En *Artes de México* No. 16. México. 1992. p. 27-30.

<sup>8</sup> Anaya Larios, José Rodolfo. En *Enciclopedia de México*. Tomo 8. México. 1976. p. 202.